

Cromacio de Aquileya

## **TRATADOS**

## TRATADO 29

### AL AYUNAR, NO ESTÉIS TRISTES

I. 1. Luego dice: *Cuando ayunéis no os pongáis tristes como los hipócritas; ellos desfiguran en efecto sus caras, para que parezca a los hombres que ayunan. En verdad os digo: Han recibido ya su paga. Vosotros, sin embargo, cuando ayunéis, ungid vuestra cabeza y lavad vuestra cara, para que no parezca a los hombres que ayunáis, sino a vuestro Padre que está en lo escondido; y vuestro Padre, que está en lo escondido, os recompensará*<sup>1</sup>. 2. Como en los preceptos anteriores, así también sobre la observancia del ayuno nos instruye el Señor con los mandamientos de su doctrina para que alcancemos el mérito de la fe perfecta; de manera que no ayunemos por la gloria humana, como hacen los hipócritas, sino que ayunemos por la esperanza futura, para Dios sólo, de quien esperamos el pago de esta piadosa humildad.

3. Pero quienes ayunan para agradar más a los hombres que a Dios, llevan, sí, el trabajo de la aflicción del cuerpo, pero no pueden recibir de Dios el pago de un trabajo realizado por una gloria vana; porque cuando debían hacerlo solamente por causa de la religión y la fe, prefieren antes buscar la gloria de una alabanza humana; y por eso dice el

Señor: *En verdad os digo, ya han recibido su paga.* 4. Y eso que parece que es uno sólo el propósito del ayuno, tanto del que ayuna sólo para Dios con espíritu de piedad, como de aquél que desea agradar a los hombres cuando ayuna; pero son distantes los motivos de los que ayunan, porque aunque parezca semejante el propósito en ambos, e idéntico el esfuerzo del ayuno, el fruto no es el mismo, ni tampoco la retribución de los méritos. Lejos está en efecto aquel que ayuna a causa de Dios, del que se propone ayunar a causa de los hombres; porque éste, como pago de su esfuerzo, recibe en recompensa la alabanza humana; a aquél, a cambio de la entrega de su humildad, se le conserva el premio de la gloria en el futuro.

5. Así tampoco las formas de orar parecen diferenciarse según el propósito; pero según la fe del alma y el afecto del espíritu hay gran distancia entre los méritos. Una cosa es, como se dijo más arriba<sup>2</sup>, orar con la esperanza de la alabanza humana, otra orar esperando solamente el pago de la oración de Dios que remunera. Lo mismo sucede también a propósito de toda observancia de la religión divina.

II. 1. Por eso con razón el Señor, queriendo apartar de nosotros todo esfuerzo de alabanza y jactancia humana, nos enseña cómo agradarle a Él mismo con alma religiosa y piadoso espíritu, diciendo: *Vosotros sin embargo, cuando ayunéis, ungió la cabeza y lavad vuestra cara, para que no parezca a los hombres que ayunáis;* para que, si es posible, ocultemos con la jovialidad del rostro el trabajo del ayuno religioso y la aflicción de cuerpo y alma. 2. Ejemplos de esto conforme a la historia, los leemos prefigurados también en los santos del pasado. Pues la muy santa Judit, cuando estaba afligida con un gran pesar por el pueblo, después de los tres días solemnes de ayuno, ungió la cabeza y lavada

la cara, cubrió de tal modo la tristeza de su aflicción interna que, fingiendo el gozo, pareciera a los enemigos que se alegraba; y así, ocultando el ayuno por la alegría del rostro, consiguió el triunfo de la victoria sobre los enemigos<sup>3</sup>. 3. De igual forma también la santísima Ester cuando, lavada la cara y ungida la cabeza después de tres días de ayuno, pudo ser oída por el rey, acabó con Amán, aquel malísimo enemigo de su pueblo<sup>4</sup>. ¿Y qué diremos de Daniel y los tres muchachos que, guardando tan gran abstinencia y entre tantos jóvenes que se alimentaban con los manjares reales, se descubrió que tenían un rostro de aspecto más agradable que el de los demás<sup>5</sup>?

III. 1. Pero esto lo hemos dicho atendiendo a la letra; ahora debemos ver lo que se debe entender según la inteligencia espiritual. La unción de la cabeza sabemos que significa la misericordia. Por eso ungir la cabeza al prójimo es tenerle misericordia; esta misericordia que se tiene con el pobre se refiere al Señor<sup>6</sup>, que es la cabeza del hombre, según el Apóstol<sup>7</sup>; pues el mismo Señor dice: *Cada vez que lo hicisteis a uno solo de estos más pequeños, a mí me lo hicisteis*<sup>8</sup>. 2. A cambio de esta misericordia somos inundados con la retribución divina, como con un aceite del cielo, por el que dice: *Bienaventurados los misericordiosos, porque de ellos mismos tendrá misericordia Dios*<sup>9</sup>. También el santo David conoce esta unción de aceite celeste en la cabeza cuando dice: *Como un unguento en la cabeza, que baja a la barba*<sup>10</sup>.

Por otro lado, en el lavar la cara se significa la pureza de un cuerpo limpio y de una conciencia sincera<sup>11</sup>. 3. Así

pues, lavar la cara es mostrar limpia la cara de nuestro corazón y la misma conciencia de toda la suciedad de los pecados y el desaliño del delito, para que podamos tener verdaderamente en nosotros la alegría del gozo celestial y la jovialidad del Espíritu Santo. Y así sucede que, ayunando a causa de esta piadosa fe más para Dios que para los hombres, recibimos de Dios, que es conocedor de lo oculto, el pago de la retribución eterna. 4. En efecto dice esto el Señor: *No parezca a los hombres que ayunáis, sino a vuestro Padre que está en lo escondido; y vuestro Padre, que está en lo escondido, os recompensará.* Por tanto, si quieres llevar siempre la cabeza ungida y tener limpia la cara del corazón, según el dicho del Señor, dedícate fielmente a las obras de misericordia, dedícate a la devoción del ayuno, de modo que merezcas complacer al Señor.